

PREGÓN DE FERIA 2007

Juan Bosco Castilla Fernández

Señor Alcalde, señoras y señores concejales, señoras y señores galardonados con los premios literarios y de investigación, paisanos, amigos, señoras y señores:

Tres o cuatro días después de que el Ayuntamiento me concediera el honor de nombrarme pregonero de la feria 2007, mi mujer me preguntó sobre qué escribiría el pregón. “Se trata de anunciar públicamente la bondad de la feria -le contesté yo-, así que me limitaré a eso, a hablar de la feria”. “Tendrás que hablar de algo más”, me replicó ella enseguida.

Mi mujer tiene mucho sentido común y yo tengo tendencias... a la divagación, a irme por las nubes. Cuando yo escribo un artículo, se lo doy a leer a ella para que me diga si le gusta o no. Mientras lo está leyendo, yo la observo a unos cuantos metros de distancia, temeroso y sólo pendiente de su sentencia, como si yo fuera un desdichado gladiador y ella un emperador romano. “¿Levantará el dedo pulgar y salvará al artículo -pienso mientras tanto-, o, por el contrario, lo bajará y lo condenará al eterno olvido de la papelera y a mí a la pena de tener que escribir otro?”

Si mi mujer había dicho que tendría que hablar de algo más, quizá sería mejor hablar... de otra cosa.

Durante unos cuantos días dejé que mi mente buscara otras posibilidades. (Lo digo así, como si fuera mi mente y no yo la que tenía que buscar una solución, porque así es como me suelen venir las ideas: mi mente anda autónoma

y a su aire, por las nubes, como les dije antes, mientras yo ando en las cosas llamémoslas... “comunes”). Incluso salí con la bicicleta a darme largos paseos por los caminos que llevan a El Guijo y Dos Torres, que son los que más cerca pillan de mi casa, una estrategia a la que acudo cuando la imaginación no saca nada en limpio y que siempre, hasta entonces, me había dado buenos resultados.

Pero bien porque yo no entiendo mucho de nada y mi mente, por autónoma que sea, no puede hacer milagros, o bien porque pregonar la feria es, sencillamente, pregonar la feria, lo cierto es que no se me ocurría nada que mejorara mi idea inicial.

- Carmen, mira lo que dice el diccionario –le dije a mi mujer, como si el diccionario fuera el “primo de zumosol”, ése que me iba a proteger de ella llevara yo razón o no-. “Pregón –continué-: discurso elogioso en que se anuncia al público la celebración de una festividad y se le incita a participar en ella”.

Mi mujer se quedó en silencio, sin atreverse a contradecir al diccionario.

- ¿Has visto? –seguí atacando yo, viendo que sus defensas dudaban- Discurso elogioso de una festividad. Eso será lo que haré. Haré un discurso elogioso de la feria.

A todos los humanos, también a mi mujer, nos cuesta aceptar las derrotas. Sólo por eso me dijo:

- Pues que sepas que se te va a quedar corto.

No le contesté, ya estaba bastante descalabrada y hacerlo hubiera sido como hurgar en su herida. Me sentía triunfante. Es más, ni siquiera pensé en que tendría que leerle este discurso a ella antes de leérselo a vosotros y me olvidé de que, entonces, ella podría bajar el dedo pulgar y, como un emperador romano,

mandarlo sin consideración alguna a ese infierno del trabajo de los escritores que es la papelera.

Me puse a escribir el discurso enseguida. “Elogio de la feria”, titulé con letras grandes al principio del escrito. “Bah, la feria se elogia por sí sola”, pensé mientras las escribía.

Escribir un pregón así se me antojaba tan fácil, que casi no tenía mérito.

Escribí el pregón, por supuesto, pero ya os anuncio que la razón la llevaba mi mujer, y no yo. Lo he descubierto conforme lo iba escribiendo. Al final, el “Elogio de la feria” se ha ido ensanchando y, después de recomponer el discurso, he descubierto que en lugar de uno tengo TRES elogios: primero, el de los artistas; segundo, el de vosotros, y, tercero, el de la feria en sí. No podía ser de otra forma si tenemos en cuenta que el Ayuntamiento ha encargado a un aprendiz de escritor como yo (elogio de los creadores y artistas), el que os haga llegar a vosotros, paisanos y amigos (elogio de vosotros), la celebración de la feria en honor de Nuestra Señora de las Mercedes 2007 (elogio de la feria).

Empecemos, pues.

PARTE PRIMERA. ELOGIO DE LOS ARTISTAS
--

Hace algunos años, estando reuniendo cuentos de Los Pedroches por encargo de la Fundación Ricardo Delgado Vizcaíno, di en Dos Torres con una señora mayor, María Ruiz Lunar se llamaba, quien, entre otros muchos cuentos, me contó uno, titulado “El maestro de todos los maestros”, que luego recogí en el libro editado por la Fundación. No sé de dónde viene, ni eso importa ahora, lo importante es que....

UNA VEZ –según me dijo María- llegaron Jesucristo y San Pedro a Dos Torres y vieron a una quinceañera que cantaba y bailaba en la explanada que hay junto a la ermita de San Roque, patrón de la localidad.

(Entran Jesucristo y San Pedro por un lado. Por el otro entra una muchacha y se pone a bailar)

Jesucristo se quedó mirándola, sonriente y complacido. Pero a San Pedro, que era un punto cascarrabias, le dio coraje ver aquellos movimientos y aquella alegría cuando él tenía los pies machacados de andar por los pedregosos caminos de Los Pedroches, y le dijo:

SAN PEDRO: Anda, niña, y vete a trabajar y a ganarte el dinero de tu sustento.

MUCHACHA: Dios, que me ha criado, Dios que me mantenga.

NARRADOR: San Pedro se sintió tan herido en su amor propio, que se echó adelante para llevar a las manos su reprimenda. Jesucristo lo contuvo sujetándolo por el brazo y le dijo:

JESUCRISTO: ¿Qué vas a hacer, Pedro?

SAN PEDRO: Pero, Señor, ¿has visto qué poca vergüenza? ¡faltarle al respeto a un viejo y con una blasfemia!

JESUCRISTO: Ni faltar al respeto ni blasfemia: se ha limitado a contestarte. ¿Por qué la has importunado tú?

SAN PEDRO: Por holgazana: éstas no son horas de andar bailando, sino de trabajar.

JESUCRISTO: También son necesarios bailarines y cantores: no todo va a ser criar ganado o cosechar trigo. ¿No has visto cuando veníamos por el camino las flores de los rastrojos, el contraste de colores y de luces de los campos, las formas de las montañas de San Benito o de Santa Eufemia, el emerger de la torre de Pedroche sobre las sementeras o el plácido vuelo de las águilas? ¿Dirías que es inútil la belleza porque no se come? Esta muchacha está alegrando la vida de cuantos pasan por aquí. Y si tuvieras una mínima sensibilidad, también tú te hubieras sentido complacido con su alegría. Anda, ve y dale esta moneda, que bien se gana el jornal quien hace tanto bien.

(Salen Jesucristo, San Pedro y la muchacha)

Recordad esta parte del cuento porque la retomaremos más adelante.

Lo que importa ahora es resaltar el valor que en él se otorga a quienes dedican parte de su tiempo a cantar, a bailar, a escribir poemas o a recitarlos, a contar chistes o cuentos, a escribir novelas o hacer películas.

Los humanos no somos como los animales. El espíritu humano tiene algo de divino y lo divino se complace con todo tipo de manifestaciones artísticas. Las cosas que nos prestan un servicio mejoran cuando son bellas. Incluso hay cosas

que el único servicio que prestan es el de ser bellas y alegrarnos la vista o el oído. ¿No es práctica una fuente ornamental? ¿No es más práctica una palabra hermosa que una grosería?

Los edificios necesitan de la belleza para completar su función. Bien lo supieron, por ejemplo, mi amigo José Luis Amor y su socio Juan cuando diseñaron este magnífico y hermoso espacio escénico. En una reunión de amigos, son tan necesarios los que se encargan de la logística como los que alegran la fiesta, como hacen, por ejemplo, mi hermano Eusebio, mi amigo Antonio Cabrera o mi cuñada Asunción.

En una sociedad sana, en fin, son tan necesarios LOS ALBAÑILES COMO LOS POETAS; LOS INGENIEROS COMO LOS MÚSICOS; LOS CONCEJALES COMO LOS ACTORES.

Yo no soy técnico de nada. Si estoy aquí, es porque practico esa rama del arte que es la Literatura. Me siento por ello un poco portavoz de todos los que ejercen algún tipo de manifestación artística y quiero reivindicar su labor, especialmente la de aquéllos que, como la muchacha del cuento, no exponen en grandes salas, ni bailan en escenarios, ni publican en editoriales. Quiero reivindicar la labor de todos aquellos que cultivan la palabra amable o el gesto hermoso, de los que nos cuentan bellas historias, de los que nos cantan o nos bailan, de los que, en conclusión, se ejercitan en esa rama del arte que es el saber vivir la vida y con ello son más felices y hacen más felices a los que los rodean.

SEGUNDA PARTE. ELOGIO DE VOSOTROS

Al llegar a este punto, me veo obligado a pedir os ayuda. No os preocupéis, no es difícil, es sólo un ejercicio de imaginación que ya he pedido alguna otra vez en circunstancias parecidas a las presentes. Estábamos hablando de los artistas. Bien. Imaginemos una sala grande en la que están trabajando **tres** artistas distintos, tres creadores, en lugares relativamente alejados. Cada uno tiene a su lado o cerca de él los materiales con los que piensa hacer su obra y los útiles que necesita para realizarla. Insisto en que los tres NO son artesanos que ejecutan una y otra vez la misma obra, sino que practican una de las bellas artes (y voy a incluir entre ellas a la Literatura), por lo que su obra ha sido diseñada por ellos mismos y será única. Los tres están poniendo todo su interés en crear algo hermoso.

El primero, está haciendo una mesa de escritorio. Para darle más verosimilitud a la acción diremos que le ha sido encargada... pongamos... por una alta personalidad, para ser regalada en la boda de un príncipe. Será realizada en madera de caoba, cedro y abedul y llevará marquetería y tiradores de marfil. El artista trabaja sobre la mesa de carpintero. Tiene a su lado los materiales y las herramientas: un martillo de orejas y varias mochetas, una fresadora, varios cepillos, una lijadora, sierras de diversos tipos, unas tenazas, un taladro y otros muchos utensilios que no voy a referir para no hacer más extenso este discurso pero que conviene que vosotros retengáis en vuestra imaginación. Tiene, además, un plano con, al menos, los trazos fundamentales y las dimensiones del mueble y un lápiz sujeto con la oreja. Da la impresión –y esto es importante- de que todo lo que necesita está ahí, a su lado.

El segundo artista está pintando al óleo un cuadro. Éste es más fácil de imaginar, porque no tiene tantos artefactos como el anterior. Está situado delante de un caballete con un lienzo en el que hay un bodegón a medio concluir. En una mano tiene la paleta y en la otra un pincel. En una mesita auxiliar, hay tubos de pintura, disolvente y varios pinceles más. Sobre otra mesa, hay una cesta con los limones, las uvas y las perdices muertas que va trasladando al lienzo con sus pinturas. Aunque el cuadro no está terminado, podemos vislumbrar cómo será cuando lo esté. Da la impresión de que lo que necesita se reparte entre su mente y su entorno.

El tercer artista es un escritor. Está sentado a una mesa en la que hay un pequeño montón de papeles. Tiene en su mano un bolígrafo. Detrás de lo que lleva escrito, el papel está en blanco. No se fija en nada para continuar escribiendo. Aunque leamos lo que ha escrito, nada podemos saber sobre lo que escribirá. Quizá ni siquiera lo sepa él. Da la impresión de que todo lo que necesita para escribir está en su mente.

Bien. Vemos, conocemos, cuáles son los materiales con los que trabaja el - llamémosle- carpintero artístico; vemos o intuimos los materiales con los que trabaja el pintor artístico, pero ni vemos ni intuimos los materiales con los que trabaja el escritor. Están todos en su mente o, quizá, en ninguna parte, no existen.

Si he traído este pequeño ejercicio de imaginación es para trasladaros dos ideas:

La primera, que se tiende a valorar más el trabajo de los escritores que el de otros artistas porque, al resultar más misterioso, lo creemos más creativo. Bien es cierto que los escritores expresan ideas, y las ordenan y sistematizan, y que,

cuando lo hacen bien, nos causan admiración por ello, pero a esa admiración se añade el hecho de que no vemos con qué materiales están trabajando.

La segunda idea -y para este discurso es la que más importa- es que el escritor **SÍ** tiene materiales con los que trabajar. Los materiales existen, aunque nosotros no los veamos. Y él los ve, los oye, los huele, los siente. Están en el mismo sitio que los tenemos nosotros, en la memoria o en la imaginación. Nosotros también tenemos recuerdos de olores, de sabores, de voces, de personas que se mueven, que hablan. Nosotros también imaginamos. En el insomnio, imaginamos historias casi siempre terribles, que desaparecen en cuanto, a la mañana siguiente, ponemos los pies en el suelo. Quizá imaginamos cuando jugamos a la lotería, y es seguro que lo hacemos cuando pensamos en el futuro que nos aguarda. Nosotros también ordenamos los personajes y los hacemos moverse y hablar cuando por las noches contamos cuentos a nuestros hijos pequeños.

Los materiales con los que escritor trabaja no sólo existen, sino que son más comunes que los que necesitan el carpintero y el pintor, y en no pocas ocasiones tienen vida propia. La madera no lucha por hacerse mueble; la imagen, sólo en contadas ocasiones lucha por hacerse cuadro. Los materiales del escritor, en cambio, muchas veces luchan para hacerse historia. Un suceso traumático quiere salir a la luz. Un viaje maravilloso necesita ser contado. Un gran amor y una gran aventura piden trasladarse a un libro. La vida misma, todas las vidas, las reales y las imaginarias, la nuestra y la de los personajes que inventamos, tienen de una forma o de otra necesidad de expresarse, nos piden, algunas veces a gritos, ser trasladadas al papel.

Os invito ahora a un último ejercicio de imaginación. Es muy importante: ahora imaginad que el escritor que está en la sala, sentado ante el papel en

blanco, soy yo. Imaginad que cogéis los papeles que llevo escritos y los leéis y que, al hacerlo, comprendéis que, aunque todo sea inventado, **ALGO DE MÍ HAY EN ELLOS**. Y, lo que es más maravilloso, que al leerlos, comprendéis que, aunque todo es inventado, **TAMBIÉN HAY ALGO DE VOSOTROS**.

Sí, queridos amigos y paisanos, a este punto quería llegar. Si yo estoy aquí, leyendo este discurso que el Ayuntamiento ha tenido a bien encargarme, es por vosotros. Porque en esos materiales con los que yo trabajo estáis vosotros. Yo no he vivido en otro lugar que en éste. No he conocido a otra gente que a vosotros. Si estoy aquí, no es tanto por mi talento, como por los materiales que guardo en mi interior, en los que siempre estáis **VOSOTROS**.

Y además, yo os necesito para el ejercicio mismo de la escritura. Necesito de la estabilidad que me da la familia, del equilibrio emocional que me dan mis amigos, del apoyo y la comprensión de mis compañeros de trabajo, de la tranquilidad y el amparo de Pozoblanco y de Los Pedroches. Yo os necesito hasta el punto de que me sois imprescindibles. Si estoy aquí, es por vosotros, en sustitución de vosotros, sólo porque vosotros, porque todos vosotros, no podéis estar aquí.

Me sois necesarios, en efecto. Pero quisiera llegar más lejos. Me gustaría hacer una llamada pública a la autoestima de Pozoblanco y de todos Los Pedroches. Vosotros sois importantes porque, sin daros cuenta, sois necesarios para un montón de gente que os rodea. Vosotros, por eso, os merecéis mucho. Os lo merecéis tanto como pueblo, como individualmente.

Sois necesarios, pensadlo. Porque sois únicos, cada uno de vosotros es necesario. Nadie piensa como vosotros, nadie siente como vosotros, nadie ama y odia como vosotros.

Cuando os hayáis ido, vuestros pensamientos, vuestros sentimientos y vuestras vivencias se habrán ido con vosotros, y el mundo quedará mutilado.

Aunque no tengáis hijos, o aunque vuestros hijos hayan renegado de vosotros, aunque no tengáis familiares ni amigos ni nadie a quien darle las buenas noches y en vuestros paseos no veáis más que caras desconocidas, sois necesarios.

Cuando la tristeza llene vuestra alma de sombras, cuando seguir os cueste un trabajo infinito, pensad que sois necesarios.

Pensad que una planta morirá si vosotros no la cuidáis, que faltará vuestra sonrisa en los ojos de un niño, que, si vosotros no lo oís, un pájaro cantará para nadie, para nada.

Sois necesarios. Detrás de esos seres que os miran con indiferencia hay un sufrimiento como el vuestro, hay unas vidas que necesitan de una palabra amable que puede venir de vuestra boca, de un gesto de cariño que debe fabricarse en vuestras manos. Sois necesarios para ellos tanto como ellos son necesarios para vosotros, aunque no lo sepan.

Sois necesarios. También yo siento ahora mismo que me sois necesarios. ¿Quién escucharía este pregón que se acuerda de vosotros, en algunos casos sin conocerlos, si no estuvierais ahí sentados?

TERCERA PARTE. ELOGIO DE LA FERIA
--

Si tenéis todavía guardada la imagen de la sala con los artistas, olvidadla ya, borradla. Ahora toca volver al cuento de la muchacha de Dos Torres.

Recordemos que Jesucristo, en premio a la muchacha que bailaba, le dijo a San Pedro que le diera una moneda.

El cuento continúa diciendo que San Pedro no acabó de entender el comportamiento de su Maestro, pero lo amaba tanto y tenía tanta confianza en él, que tomó la moneda y se la dio a la muchacha.

(Entran Jesucristo y San Pedro por un lado. Por el otro entra una vieja llevando una silla de aneas. Se sienta y se pone a coser)

Más abajo, ya en la calle El Cerro, había una mujer muy vieja sentada al sol en una silla de anea, cosiendo, los ojos entornados y muy cerca del paño, como si tuviera dificultades para ver la labor. San Pedro se compadeció de ella y le dijo:

SAN PEDRO: Señora, ¿cómo es que siendo tan mayor está usted cosiendo?

VIEJA: Para ganarme el pan: porque si no trabajo, no como.

NARRADOR: San Pedro se volvió hacia Jesucristo y, haciendo todo lo posible para no aparentar soberbia, le dijo:

SAN PEDRO: ¿Has visto, Señor?: aquella muchacha, en lo mejor de la vida, y holgando, y esta pobre vieja, que apenas ve para manejarse, trabajando como si fuera una muchacha.

JESUCRISTO: ¿No será un reproche que me haces, Pedro?

SAN PEDRO: De ninguna manera, Señor.

JESUCRISTO: Pues si me quieres hacer ver que esto está mal, no me argumentes que aquello estaba mal, porque nada tiene que ver una cosa con la otra. A la muchacha le di una moneda, ¿qué quieres que haga por esta buena mujer?

SAN PEDRO: Una moneda no la va a sacar de penas.

JESUCRISTO: Dile que pida un deseo, que voy a concedérselo.

SAN PEDRO: Señora, pida usted un deseo. Dígame, ¿qué es lo que más le gustaría a usted?

VIEJA: Volver a tener quince años.

NARRADOR: Al otro lado de la calle había una fragua. Jesucristo reparó en el agudo golpeteo del martillo sobre el yunque y le dijo a la mujer:

JESUCRISTO: Venga usted conmigo.

NARRADOR: La mujer dejó la labor a un lado, se levantó con mucha dificultad y aceptó el brazo tendido de aquel joven forastero. Era pequeña y andaba encorvada, despacio y con las puntas de los pies muy hacia fuera. Tardaron en cruzar la calle, y, ya dentro de la fragua, tardaron en llegar hasta el horno, a pesar de lo cual el herrero no hizo nada por detenerlos, ni siquiera cuando Jesucristo cogió a la mujer y la metió en el horno con la ayuda de un gancho.

JESUCRISTO: Ahora a esperar a que el fuego haga su trabajo.

NARRADOR: Debieron esperar poco rato, apenas el tiempo que tardó Él en echar un trago de un botijo de barro blanco que había en el alféizar de una ventana, sobre un plato encharcado.

(La vieja vuelve la silla y, sentada de espaldas al público, se quita las ropas y deja al descubierto las de muchacha que llevaba debajo)

NARRADOR: Cuando la sacó del horno, la mujer era como de hierro candente: estaba roja y brillaba tanto que para mirarla había que entornar los ojos. Jesucristo la colocó sobre una pila de granito que había vaciado de mocos de un violento manotazo y se puso a forjarla con un martillo. Luego la enganchó y la metió en el barreño donde el herrero enfriaba las piezas grandes. Un ruido, como un soplido enorme, y una espesa nube de vapor de agua precedieron a la visión que dejó atónito al herrero y maravilló a San Pedro: la vieja era ahora una galana moza que, incrédula, se miraba y se tentaba su lozano cuerpo.

(La muchacha de pone de pie, se mira y se palpa el cuerpo)

JESUCRISTO: ¡Ea, ya esta bien de coser por hoy! Anda, vete a cantar y a bailar.

(Se van Jesucristo y San Pedro. Se va la muchacha bailando)

Si he traído hasta aquí esta parte del cuento, es porque de ella podemos extraer algunas enseñanzas:

Empecemos por el final. Repito las últimas palabras que Jesucristo le dice a la vieja, ahora convertida en muchacha:

- Ya está bien de coser por hoy. Anda, vete a cantar y a bailar

La primera enseñanza, pues, es que debe haber un tiempo para coser y otro para bailar.

No me vale el cuento aquel de la cigarra y la hormiga, con el que nos inculcaban de niños el valor del trabajo, en el que mientras la cigarra se pasaba el día cantando, la hormiga lo pasaba trabajando, y cuando llegaba el invierno la cigarra se moría de hambre y frío mientras la hormiga estaba harta de comer y calentita en su hormiguero.

No me vale porque no me parece VIDA la vida de la hormiga, o al menos no me parece HUMANA esa vida. No me parece que hayamos nacido sólo para trabajar y sobrevivir.

Cuando hacía el elogio de los artistas, decía que en una sociedad eran tan necesarios los poetas o los músicos como los albañiles o los ingenieros. Ahora me parece que en una vida debe haber momentos para ser hormiga y momentos para ser cigarra, pues para una persona tan necesaria es la comida como la charla con los amigos, tan imprescindible puede ser cantar como dormir, tan preciso salir de paseo como abrigarse.

Es más, creo que el estado natural del hombre es el del descanso, no el de trabajo. En el principio de todo, según dice el Génesis, el hombre y la mujer no trabajaban y eran felices. En el paisaje mítico de La Biblia, el trabajo vino como un castigo.

El mismo Génesis dice que Dios creó al mundo en seis días y que el séptimo descansó. Es de suponer, porque nada se dice al respecto y todo lo que hizo le pareció bien, que también descansó el octavo, y el noveno, y todos los demás días hasta hoy.

Las sociedades avanzadas han establecido las jubilaciones, las vacaciones, las semanas laborales de cinco días. Conforme estas sociedades avanzan, los trabajadores tienen más días de vacaciones y la semana laboral es más corta. Y quizá llegue el día en que los hombres vuelvan al estado mítico inicial y no trabajen, pues lo hagan por ellos las máquinas.

Quizá el descanso tenga un cuento como el de la cigarra y la hormiga que lo ensalce, pero, si es así, yo no lo conozco y, desde luego, cuando era chico no me contaron ninguno en el que se ensalzara el descanso. Es verdad que el descanso se elogia por sí mismo y el trabajo no, pero no es menos cierto que en no pocas ocasiones trabajamos de más o le dedicamos demasiado tiempo o atención al trabajo, en perjuicio de la familia, de los amigos e incluso de nuestra propia salud, y que, entonces, alguien debería llamarnos la atención y contarnos el cuento de Dos Torres o decirnos: “Para, que te necesitan tus hijos; para, que te vas a quedar sin amigos; para, que la vida son cuatro días y no hemos venido al mundo para trabajar, sino para ser felices”.

Sobrevivir y vivir son dos conceptos bien distintos que únicamente puede apreciar el ser humano. Sobrevivir, sobreviven los animales cuando viven. Vivir, lo que se dice vivir la vida, sólo la podemos vivir nosotros. Y es una tontería – por ejemplo- desperdiciar una vida trabajando por nosotros y por lo que deberían trabajar nuestros hijos, mientras nuestros hijos disfrutan por ellos y por lo que deberíamos disfrutar nosotros. Es una barbaridad no prestar al trabajo la atención que el trabajo merece (no seré yo quien lo ponga en duda), pero no es una barbaridad menor prestar al trabajo más atención de la que el trabajo se merece.

Cuando al borde de la muerte hagamos balance de nuestra vida y pensemos en lo nos gustaría haber hecho pero no hicimos, ¿de qué nos acordaremos? El cuento de la cigarra y la hormiga se les cuenta a los niños para

que trabajen, pero ¿qué cuento se le cuenta a los moribundos que no han sabido vivir la vida?

La segunda enseñanza del cuento, me parece a mí, es que el divertirse no tiene edad.

Me da la impresión de que Jesucristo hace el milagro a regañadientes, más por darle gusto a San Pedro que por reparar una injusticia. “Bueno, Pedro, está bien, ¿qué quieres que haga por esta mujer?”.

Lo natural hubiera sido que San Pedro le hubiera pedido a Jesucristo que jubilara a la mujer que estaba cosiendo. “Jubila a esa mujer tan viejecita, Señor, que bastante ha trabajado en esta vida, para que pueda irse a cantar y bailar al hogar del pensionista”. San Pedro, por el contrario, quiere torcer la naturaleza de las cosas, como si esa mujer mayor no hubiera tenido una vez los quince años que ahora tiene la joven; como si dándole dos juventudes no cometiera una injusticia, por agravio comparativo, con la joven, que sólo disfrutará de una.

En lo que sigue del cuento de Dos Torres, el herrero que ha presenciado el prodigio intenta (con la ayuda de su mujer) hacer con su suegra lo mismo que Jesucristo ha hecho con la mujer mayor que cosía, pero el resultado es bien distinto y deja achicharrada a la suegra. Cuando Jesucristo vuelve a la herrería, resucita a la suegra del herrero, pero la deja con la misma edad que tenía antes.

Ya **ESTÁ BIEN DE VOLVER JÓVENES A LOS MAYORES**, parece decirnos. Con un milagro ha sido suficiente. Cada uno que se divierta con la edad que tenga. O mejor: **YA ESTÁ BIEN DE PENSAR QUE SÓLO ES POSIBLE DIVERTIRSE Y SER FELIZ CUANDO SE ES JOVEN.**

Y es que, en efecto, tendemos a pensar que la mejor época de nuestra vida es aquella en la que nos encontramos más vigorosos y más fuertes, es decir, en la juventud. Pensando así, idealizamos todo lo que ocurre en ella cuando ya ha pasado. Quienes ya no somos unos muchachuelos, miramos atrás y, recordándonos con más energía y sin las dolamas que tenemos ahora, creemos que todo lo que nos ocurrió era mejor que lo que nos puede ocurrir ahora, que tenemos menos energía y más achaques.

No seré yo el que contradiga o discuta la alegría de la juventud. El cuento está claro: la muchacha es joven y debe disfrutar de su juventud. Es bueno para ella y es buena la alegría que irradia en el ambiente que la rodea. Pero no está menos claro que la vida tiene varias épocas y que hay que vivirlas todas, que hay que saber vivirlas todas.

Los jóvenes tienden a vivir atropelladamente, como si el mundo se fuera a acabar mañana. Tienen razón en una cosa: en que sólo existe el presente. Pero el presente no dura un día o una noche de juerga, sino siempre. Hoy es presente y mañana también será presente. La juventud puede (debe) ser una buena época, pero la madurez también. Sólo hay que saber adaptarse a las circunstancias y no desear cuando se es joven lo que tienen los maduros (el dinero, por ejemplo) ni desear cuando se es maduro lo que tienen los jóvenes (la energía a borbotones, por ejemplo).

Así pues, si la primera enseñanza era que hay un tiempo para trabajar y otro divertirse y la segunda que cualquier época de la vida es buena para poner en práctica la primera enseñanza, esto, que es un pregón de feria, tiene forzosamente que INVITAR A TODO EL MUNDO, cualquiera que sea su condición, edad,

sexo o lugar de nacimiento, a la feria de Pozoblanco, donde nos aguardan el lechón y los rebujitos, las atracciones, los espectáculos y cuanto ha organizado el Ayuntamiento y, sobre todo, donde nos espera eso más cercano que depende de nosotros mismos: la familia, la amistad, la charla, el olvido... aunque sólo sea el olvido temporal de lo que nos entristece.

Estoy convencido de que gran parte de la felicidad nos viene dada y depende del azar o de la suerte, pero estoy igualmente convencido de QUE LA MAYOR PARTE DE LA FELICIDAD HAY QUE TRABAJÁRSELA.

Como dice Gabriel Celaya en su poema “momentos felices”,

Abramos nuestras ventanas; sintamos el aire nuevo;
pasemos por un camino que huele a madre selvas;
bebamos con los amigos; charlemos o bien escuchemos;
sintamos que el sentimiento de los otros es nuestro;
mirémonos en unos ojos que nos miran sin mancha,
¿no es eso ser felices pese a la muerte?

Levantemos nuestra autoestima: ¿no hemos dicho que todos somos de una manera o de otra necesarios? Hemos venido al mundo para ser felices. La felicidad depende en gran medida de nuestra propia actitud hacia aquello que nos rodea. Si tienes un capricho y te lo puedes permitir, concédetelo, ahora que puedes.

Mi elogio de la feria tiene que ser un elogio de la vida. “Mis padres me engendraron para el juego arriesgado y hermoso de la vida”, dice un poema de Borges. La felicidad es para el que se arriesga. Corramos riesgos. El que cree que no arriesgándose no pierde, consume el tiempo sin pena ni gloria, desaprovecha el tiempo, lo pierde.

Lo bueno por conocer siempre vale más que lo malo conocido.

Se lo he oído a mi hermano Miguel en las tertulias deportivas de la radio: al terreno de juego hay que salir sin miedo a la derrota, a ganar y a disfrutar jugando. También a la vida, añado yo, hay que salir sin miedo. Sin ser unos caraduras, pero sin miedo, siempre sin miedo.

Esta feria es un tren que pasará. Un tren como el que pronto parará en Villanueva de Córdoba, si todos ponemos el empeño suficiente. El año que viene habrá otra feria, otro tren, pero eso será el año que viene y no lo anunciaré yo, sino otra persona. A mí me toca anunciar la llegada de esta feria. Yo soy el pregonero de este tren que se acerca y que nos llevará, con toda seguridad, a un lugar maravilloso donde las aparecerías son largas, larguísimas; donde hay cervezas fresquitas y lechón; donde abundan la música y el baile y toda clase de espectáculos; donde la amistad tiene un sitio reservado y el amor múltiples ocasiones de florecer...

Habrá quien se quede en la estación viendo cómo otros se suben al tren y se van. Yo no. Yo anuncio la feria y me subo corriendo:

Amigos, paisanos: ¡viajeros al tren! ¡Nos espera la feria, donde las muchachas bailan y la gente sonrío!

Despedida

El Ayuntamiento me encomendó que os anunciara a todos la llegada de la feria 2007. Desde que la noticia se hizo pública, multitud de amigos y conocidos me han felicitado por ello, pues de todos es sabido que ser pregonero de la feria es uno de los mayores honores que pueden recaer sobre un tarugo. Espero haber estado a la altura que Pozoblanco y vosotros os merecéis. Por lo menos, espero no haberos aburrido demasiado. Con la cantidad de cosas que se pueden hacer afuera, nada me dolería más que haberos hecho perder el tiempo.

Nervios aparte, sabed que he disfrutado dirigiéndome a vosotros, familiares, amigos, paisanos, y que todo cuanto he dicho, es cierto.

Nunca fui amigo de las despedidas. “Es hermoso partir sin decir adiós, serena la mirada, firme la voz”, dice una canción de Serrat que me hubiera gustado aplicar aquí esta noche. En el primer borrador de este pregón, yo anunciaba que llegaba el tren de la feria y me iba, como si me subiera al tren, sin despedirme. Pero alguien muy cercano a mí, cuya identidad ya podéis imaginar, me dijo cuando se lo leí que esas no eran formas de terminar nada.

Llevaba razón, por supuesto. Nadie se puede ir sin despedirse de una casa donde lo acogen tan hospitalariamente como vosotros me habéis acogido a mí. En esos casos, cuando uno se va, es de bien nacidos dar las gracias. Con ellas termino:

Gracias por estar ahí. Gracias por vuestra paciente atención. Gracias por ser como sois. Gracias a todos. Muchas gracias.

Juan Bosco Castilla Fernández